

José A. Lazcano

Ahora en cine

GOLPES A MI PUERTA

SATISFACCION RENOVADA

Hace nueve años el teatro venezolano estuvo signado por el éxito de *Golpes a mi Puerta*, de Juan Carlos Gené y su Grupo Actoral 80. La Revista SIC estuvo en ese momento muy cerca de esa experiencia artística y teológico-espiritual. No sólo la comenté en un artículo del Director Arturo Sosa (*Golpes a mi Puerta: De nuevo la tragedia como en los antiguos tiempos*, N° 467, Julio-Agosto 1984), sino que publicó el texto de la obra —todavía disponible— como parte de la política editorial del Centro Gumilla.

Hoy, ante la versión cinematográfica, no nos cabe sino expresar nuestra satisfacción. No es frecuente que buenas novelas o densas obras de teatro recojan y mantengan su riqueza y profundidad y sean a la vez obras cinematográficas. No es teatro filmado. Con un lenguaje y un ritmo genuinamente cinematográficos, su director, Alejandro Saderman, logra una narración apasionante.

Desde las primeras escenas del asesinato del Padre Ramírez, siguiendo por el desarrollo del drama íntimo de dos monjas («somos simplemente mujeres... y afuera los hombres corren con cuchillos y fusiles pidiendo



sangre, aullando...»), hasta la inmolación por la fidelidad a la conciencia y la solidaridad con el pueblo, mantiene en el sobrecogido espectador una tensión de suspenso, de intriga, de acción, de indignación ética, de ternura. No hay concesiones a fáciles efectismos en la cámara de Saderman como tampoco hay simplificaciones tópicas o ideológicas en el guión de Gené. Una exquisita música (Julio D'Escriván) y una bella fotografía (Adriano Moreno) acompañan con elegancia el drama humano y espiritual de la obra.

La excelente actriz Verónica Oddó, con los primeros planos de su rostro en la pantalla y con los estremecimientos de su cuerpo frágil, da a su personaje, Ana, la grandeza de mujer de tragedia griega. La versátil Elba Escobar, con su contraste respecto de Ana y sus contrastes internos (entre ingenuidades de casi novicia,

dudas y decisiones apasionadas) resulta una escogencia muy acertada (después de la muerte de Chela Atencio) para encarnar a Ursula y expresar la unidad de vocación en la diversidad de los llamados. La figura de Monseñor, representada por el gran actor cubano José Antonio Rodríguez, adquiere más peso y profundidad cristiana en la película que en el teatro original, tal vez para expresar que en estos nueve años se ha ido dando una mayor asociación de la misma institución eclesíastica con la opción por los pobres. Y, por supuesto, Juan Carlos Gené: ¿quién podría escribir un mejor papel para él sino él mismo y quién podría representarlo mejor a él sino él mismo?

LA MISA CONTINUA

Nueve años después, han cambiado muchas cosas. Pero la obra tiene vigencia. Y, tal

vez, vigencia renovada.

La represión y el terror de las dictaduras del Sur —trasfondo de la experiencia vital de Gené— son larga noche pasada. La apuesta de la revolución sandinista —la invasión de «la contra» financiada por USA en Nicaragua sería el escenario más verosímil de la obra, aunque expresamente el autor no quiso localizar la experiencia espiritual de estas monjas— fue derrotada. También parecen haber pasado las utopías y los horizontes alternativos. La Teología de la Liberación, tan controvertida en esos años, parece ya no interesar tanto a las agencias noticiosas.

Son tiempos de neoliberalismo, tiempos de FMI y BM, tiempos monopolares de la *pax americana*. Pero la realidad no es sólo la que nos vende el cinismo y la prepotencia. No son la impotencia y la nostalgia, y menos la rabia, las únicas alternativas de la vida.

Gené supo hacer una década superar las simplificaciones ideológicas y maniqueas —por mucha verdad que hubiera en ello— de militares asesinos y revolucionarios mártires; más aún, supo evitar los signos del héroe, del que «está claro», del purismo militante, prevalentes en el imaginario revolucionario del tiempo; y encontró su «pathos» dramático, en la modesta salita de la cotidianidad, no tanto por la irrupción de un guerrillero cuanto por la espiritualidad profunda amasada con ilusiones, miedos y dudas, con cariños de pueblo y con incomprendimientos, con sinceros aprecios mutuos y tensiones de convivencia de dos mujeres frágiles. Es decir, más allá de la ideología y de la misma teología de la liberación, supo

presentar una verdadera espiritualidad de la liberación. Aquí está, sin duda, la verdadera vigencia de **Golpes a mi puerta**.

Los que no supieron —o no quisieron— reconocer esta dimensión de espiritualidad en lo que se ha llamado Teología de la Liberación —por supuesto las agencias internacionales de noticias, pero incluso teólogos de buena voluntad— han tratado de explicar este fenómeno latinoamericano como sancocho de marxismo y evangelio; y ahora, con la misma lógica, dirán que la teología de la liberación fue enterrada en la urnas de Violeta Chamorro.

Anas y Ursulas siguen compartiendo sus vidas con las Severas y Cosmes de hoy, y hasta con las Amandas de diversos calibres. Tal vez son distintas las patrullas nocturnas que aterrorizan. Pero la vida sigue igualmente amenazada. Quizás más. De manera más compleja, más gris, más ambigua. Ursula y Severa —vida religiosa y pueblo— no se han quedado en meras celebraciones nostálgicas de Ana y Cosme. Ni se han refugiado en palabras grandes. Ni se han echado a morir. La esperanza resucita como tarea con sentido, como gozo de celebración, como ternura concreta y cotidiana. La misa continúa.

¿DONDE ESTA CERONE?

Sabemos dónde están Ana, Ursula, Severa, Monseñor... ¿Pero dónde está Cerone?

Ana, en el frío y el terror de la cárcel, encogida y desgarrada ante los gritos de los torturados, se pregunta con insistencia y dolor dónde estaban antes esos... «los que torturan, los que se divierten matando y denigrando... Este

horror existía antes, pero no lo veíamos... ¡Son compatriotas, Ursula!». Tal vez es legítimo que nos hagamos la pregunta al revés: ¿Dónde están ahora aquellos monstruos? ¿O los posibles potenciales monstruos?

La pregunta no es ociosa, a pesar de los tiempos de distensión. Los carros-bombas son de hoy. Resulta espeluznante pensar en la



versión oficial de que unos cuantos con mucho dinero quieren poner a reproducirlo a base de hundir la economía venezolana; y cualquier otra versión al parecer sería aún peor. Y están los sobres-bombas. Y los planes de contingencia de cuerpos de seguridad. Y la guerra sucia. Pero Cerone no es eso: él es liberal, culto, educado, patriota que quiere evitar males mayores, respetuoso de la Iglesia, con la que no quiere conflictos. Y sin duda preferiría ser Alcalde «en democracia», sin necesidad de esos «procedimientos desagradables». El dios del poder, para su culto, no exige necesariamente uniformes fúnebres, pero sí víctimas. También éstos de ahora son tiempos de Cerone. Y, por supuesto, Cerone sigue pidiendo la bendición a Monseñor.

EL ARGUMENTO

Dos Hermanas —Ana y Ursula— han dado el paso, como muchas otras religiosas latinoamericanas, al abandonar las instituciones tradicionales de su trabajo (hospitales y colegios privados...) para irse a vivir a un barrio pobre y trabajar en medio del pueblo. Una invasión, disfrazada de «guerra civil» convierte a la zona donde viven estas Hermanitas en «territorio liberado», arrebatado al Gobierno Revolucionario Popular. La Resistencia que hacen los partidarios del Gobierno es combatida con una constante y despiadada represión y manteniendo un clima de terror, hábilmente dirigido por el Alcalde Cerone, «nativo» del lugar. La vida de las religiosas es

golpeada, además, por las distintas reacciones que tienen las personas que están a su alrededor: Amanda, la vecina-esposa del bodeguero, prefiere no complicarse la vida y ponerse de parte del invasor para vivir en paz. Cosme y Severa, en cambio, sienten la frustración después de largos años de luchas y esfuerzos y una impotencia que lleva al primero a «echarse a morir» y a la segunda a sentir una rabia interior tan profunda que la rebela contra el mismo Dios «que no puede pretender que ame a estos enemigos». Un mili-

tante de la Resistencia, Pablo, buscando huir del cerco policial se cuela en la casa de las monjitas de noche cuando está sólo una de ellas. La Hna. Ana decide correr el riesgo y protegerlo. Cerone, que dirige personalmente la operación policial, intuye que el «rebelde» está allí y busca la manera de que se lo entreguen, pues quiere evitar nuevos roces con el Obispo de la Diócesis, intransigente defensor de quienes se han dedicado a la pastoral popular y difícil de callar en casos como los de un sacerdote recientemente muerto en manos de las fuerzas represivas.

La presencia del refugiado y la acción del Alcalde desencadenan la compleja situación en la que viven las religiosas. Sus diferencias de carácter, los miedos y dudas que tienen sobre su estilo de vida y trabajo, las percepciones mutuas, su espiritualidad, modo de rezar y significado de los símbolos religiosos, que tanto usan, el proceso de entender la situación en la que viven y cómo entienden el evangelio y su compromiso religioso desde allí... etc. van alimentando un denso y apasionante diálogo. La Hna. Ursula se solidariza con la posición de su compañera, la Hna. Ana, y ambas dan un paso en la comprensión de la situación, de sus compromisos evangélicos, de sus dudas afectivas y de los costos de tomarse en serio la vida de los pobres como forma concreta de seguir el camino del Señor Jesús. Por eso, los esfuerzos del Alcalde no tienen éxito y proceden por la vía ordinaria: aprovechando una breve salida de la Hna. Ursula, allanan la casa, disparan contra el «rebelde» y se llevan «para averiguaciones» a la Hna. Ana. Después de varios días de aislamiento, el Alcalde intenta «salvar» a las monjitas (para evitarse líos mayores con la Iglesia) y habiendo medio convencido a la Hna. Ursula, intenta convencer a Ana. Pero la experiencia de los rigores que sufre el pueblo ha sido muy fuerte y un diálogo entre ellas hace cambiar de posición a Ursula. Cerone se juega la última carta tratando de que el Obispo las convenza decide firmar una declaración amañada que le permita no tener que fusilarlas. En una dramática escena, Ana hace creer a Ursula que va a firmar; ella firma y Ana es ajusticiada, con el trasfondo de la Misa celebrada en memoria del sacrificio de Jesús.